El español ante el futuro con el inglés a la vista

Juan Pedro Aparicio

Señoras y señores, estudiantes y estudiosos de la lengua española, al ser ésta la última intervención prescindo del capítulo de agradecimientos que ya ha tenido acogida en otra parte.

Sin embargo, no puedo olvidar que, aunque mi visita al Instituto Cervantes de Tokio estaba prevista para más adelante, invitado a hablar de mis novelas y cuentos, en esta ocasión he venido a ocupar el lugar de mi querido amigo José María Merino, excelente escritor español, miembro vicesecretario de la Real Academia Española, hombre esclarecido, muy capaz y entusiasta, comprometido por vocación con todo aquello que redunda en el conocimiento de nuestro idioma que él ha sabido ensanchar con una trayectoria literaria muy fecunda y variada.

Mi personalidad es muy otra. Reconozco ya en principio que carezco de esa poderosa voz de Merino, de modo que cuando en ocasiones he de hablar en público inmediatamente detrás de él, noto en el auditorio, seducido todavía por los ecos de la suya, la incomodidad de tener que ajustar el oído al diapasón mucho más débil de mi voz.

He de confesar también que además me resulta harto difícil tener que ceñirme a perspectivas que tienen como ley ciertos parámetros técnicos o científicos, siquiera sean estadísticos. Soy de los que piensa que el novelista lo es, porque, de entre las diversas opciones que se la han presentado en la vida, ha elegido aquella en la que más libre se siente. Para poder el desempeño de su oficio no ha tenido, normalmente, que acudir a ningún centro especializado, ni matricularse en clase alguna, todo lo ha aprendido por sí solo, haciendo lo que más le gusta: leer. Y, todavía más importante, no ha precisado de títulos o diplomas, mucho menos de una convalidación posterior, lo que puede verse como una especie de privilegio, pero, y ésta es la otra cara de la luna, también como una incapacidad para entregarse a profesiones de más inmediato y tangible rendimiento.

Y así me presento yo ante ustedes, queridos compañeros de congreso, dispuesto a intentar cumplimentar lo que les había prometido José María Merino en el título de su conferencia «El español ante el futuro», un título que me gustaba por lo que ya tiene de puramente especulativo, al que yo me he permitido además el añadido de «con el inglés a la vista». Los motivos son fundamentalmente dos. El

primero, mi deseo de agrandar los márgenes discrecionales de la disertación. El segundo tiene que ver con el hecho de que mi conocimiento de las vicisitudes internacionales de la lengua española se deriva en gran medida de mi experiencia como director del Instituto Cervantes de Londres del 2005 al 2009.

El narrador suele apropiarse de la realidad en secuencias, de modo que acaba contándola, cuando lo hace, en forma de novela o de cuento, un poco a la manera en que el periodista de tanto acomodar los sucesos en columnas llega ya a percibirlos así. Los más relevantes en cinco, los menos, en una. Yo no les voy a contar un cuento –solo les leeré un microrrelato–; les estoy, sin embargo, anunciando lo que pueden esperar de mi intervención, un modo de solicitar su venia para que sea como es. Menos científica que intuitiva, menos teórica que imaginativa. De ahí que el campo acotado, el futuro, sea el más idóneo.

El futuro es por esencia la morada de la incertidumbre. Cualquier circunstancia, por muy firme y consolidada que parezca, puede variar hacia arriba o hacia abajo, hacia mejor o hacia peor. Adivinar lo que va a suceder dentro de muchos años es tan extraordinario que muy pocos son los que han logrado acertar en sus predicciones. A veces, como vemos con demasiada frecuencia en nuestra experiencia cotidiana, ni siquiera los meteorólogos, a pesar de que su perspectiva suele ser de corto alcance temporal y de que cuentan con infinidad de medios, logran acertar en sus pronósticos. Imagínense entonces las dificultades enormes que encierra una anticipación de lo que puede ser nuestra lengua en el futuro.

Empecemos, pues, por nuestro presente, la base sobre la que apoyarse para conocer el futuro, el referente imprescindible, para cualquier especulación sobre el porvenir. Un presente además que en nuestro caso podemos conocer afortunadamente en guarismos, con frecuencia mucho más veraces que las palabras.

Y aquí tenemos dos grandes apartados. O, para ser, más precisos, tres: El español en España. El español en los países hispano hablantes. Y el español en el resto del mundo. Y por sorprendente que pueda parecer, si en alguno de ellos se han encendido las alarmas ha sido en la propia España. En opinión del catedrático de la Universidad Complutense, don Fernando Lázaro Mora, nuestra lengua adolece de ciertas debilidades provocadas por dos causas fundamentales.

La primera, una posesión deficiente del idioma que tiene por origen el propio sistema educativo español impregnado de laxismo al considerar que el idioma ha de obedecer también al principio de igualitarismo social, o sea *tanto monta monta tanto* el profesor como el alumno. De manera que se está confundiendo el educar en libertad, con el educar para la libertad. La segunda se deriva de la propia Constitución Española de 1978, al haber acogido en su artículo 3, apartado 1, que: «El castellano es la lengua española oficial del Estado». Una redacción más política que técnica, que, aunque pueda apoyarse en un uso secular, choca hoy contra los más modernos y documentados estudios lingüísticos, pero que ha servido de argumento a ciertos nacionalismos regionales para reforzar su rechazo a la lengua común, tachándola de imposición forastera.

El asunto viene, como digo, de antiguo y está lejos de ser baladí, al menos en la península. Afecta de lleno a la vida política de los españoles, pues de la política nos viene, pero también irradia con fuerza sobre otros aspectos del idioma que podrían en determinadas circunstancias incidir en la imagen que tienen de sí mismos los hablantes y en cómo son percibidos por los demás.

Es verdad que todo viene de tiempo muy atrás, lo que no facilita la solución del problema, puesto que la dificultad para indagar en el pasado no es menor que la que puede presentar cualquier indagación sobre el futuro. Decía Napoleón que «Aquel que no conoce su historia, está condenado a repetirla» Algo que tiene un sentido especial entre hispanohablantes, familiarizados con ese refrán tan nuestro que dice «el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra».

Para la Real Academia una lengua es en su primera acepción un órgano muscular situado en la cavidad de la boca de los vertebrados y que sirve para gustación, para deglutir y para modular los sonidos que les son propios. En su segunda, un sistema de comunicación verbal y casi siempre escrito, propio de una comunidad humana. En su tercera (nada digo de las otras que siguen), un sistema lingüístico cuyos hablantes reconocen modelos de buena expresión.

Un músculo y un sistema, pues. Y sin embargo la lengua, cualquier lengua, a lo largo del tiempo es cauce de un flujo ideológico del que se van soltando adherencias que, reflejo de las vicisitudes de sus hablantes, forman como un sedimento que acaba afectando a su naturaleza. El árabe ha podido ser, por ejemplo, una lengua filosófica o científica, pero la Historia ha acabado identificándola casi en exclusiva con la religión musulmana.

El modo de vida occidental ha logrado preservar un ámbito de neutralidad, de modo que las lenguas, aparte su enorme caudal artístico, no han dejado de ser sistemas de comunicación, valorados por su mayor o menor precisión, por su riqueza léxica o su sintaxis, por su gramática o incluso por su mayor o menor eufonía, por su literatura y por su flexibilidad para acoger valores tecnológicos. Y aquí está nuestra lengua española que de tanto ser castellana, por imperativos de la política, ha llegado a tener durante algún tiempo, muy vivo todavía en algunos sectores, un marcado marchamo de lengua espiritual, situando lo espiritual dentro de lo exclusivamente religioso.

Me vienen a la memoria aquellas declaraciones del gran poeta y filólogo Dámaso Alonso sobre los testimonios escritos más antiguos de las tres grandes lenguas romances, con ocasión de los actos del milenario de la lengua, patrocinados por el Ministerio de Educación y Ciencia en 1977, que celebraban, según se dijo entonces, la Cuna del Castellano.

> El francés comienza con un tratado político y militar (el de Estrasburgo); el italiano, con unas fórmulas jurídicas sobre la propiedad de bienes (la de Montecassino); *el español, con una temblorosa oración a Dios* (la plegaria

> emilianense)». Y remata: «Se diría que está presagiado ahí el carácter de estas tres grandes culturas.

Pero el gran filólogo había hecho caso omiso de un documento bastante anterior a las *Glosas Emilianenses*, la llamada *nodicia de kesos*, en puridad el verdadero primer documento en lengua romance peninsular, que fue catalogado por el jesuita Zacarías García Villada en el archivo de la catedral de León. Se trata de una anotación sobre el consumo de quesos de los monjes del monasterio de Ardón. Y la cosa tiene miga, aunque sea de queso, cuya ingesta, como sabemos bien, suele ir acompañada de un buen vaso de vino. Cabe preguntarse entonces cómo sería el presagio de nuestra cultura a partir de ese escrito tan de andar por casa, tan apabullantemente doméstico, tan poco espiritual.

Porque sorprende saber, en contra de la creencia generalizada, que nuestra lengua española no fuera el instrumento utilizado por los evangelizadores para adoctrinar a la población indígena americana, como ha acreditado en su libro *Aislados en su lengua* el académico de la Española don Antonio Blanco Sánchez. El latín del conquistador romano necesitó mucho menos tiempo para propagarse por la península ibérica, que siglos más tarde el español por América. La razón la explica Blanco Sánchez: La cristianización de América debería de llevarse a cabo en las propias lenguas indígenas ya que no era recomendable esperar pacientemente a que los indios aprendieran una lengua extraña, el castellano, para luego con él proceder a enseñarles una religión extraña también.

Fueron los criollos, una vez proclamada la independencia de sus republicas americanas, los que dieron al español la consideración de lengua oficial en ellas y los que más hicieron por consolidar la existencia de una sola lengua en un continente en el que, según el mismo Blanco Sánchez, hoy se sabe existían más de cien familias lingüísticas sin relación entre sí.

Volviendo a las palabras de Dámaso Alonso, es de notar que calificase al documento riojano de primer *vagido de la lengua española*, no de la castellana, según era norma en los círculos filológicos de entonces, en consonancia con los usos impuestos por don Ramón Menéndez Pidal de quien son precisamente estas palabras: «A la par que progresaban las armas de Castilla, los rasgos de su habla comenzaron a imponerse como norma del bien decir».

> Hablar de la historia de España es hablar de lo desconocido –decía Ortega y Gasset–. Puede afirmarse –añadía– que casi todas las ideas sobre el pasado nacional que hoy viven alojadas en las cabezas españolas son ineptas y, a menudo, grotescas.

¿Qué hacer, pues? ¿Por dónde empezar –nos preguntamos nosotros ahora– para desprendernos de esas ideas?

Ya en 1978, precisamente el año en que se aprueba la Constitución Española, el gran lingüista don Emilio Alarcos Llorach, escribía lo siguiente:

> Si en su origen nuestro idioma es el latín mal aprendido por los indígenas de Cantabria, si el castellano medieval funde esas particularidades con las de las zonas mozárabes cartaginenses, si en los tiempos modernos contribuyen a él tanto leoneses como castellanos y aragoneses (y las gentes medievales y ultramarinas que lo aceptaron) no cabe duda de que ha de llamarse con más propiedad español y no castellano.

Y mucho más recientemente, Inés Fernández Ordóñez en su discurso de recepción en la Real Academia el 13 de febrero de 2013 reivindicó con meridiana claridad la base plural de nuestra lengua como el resultado de la evolución de los tres dialectos románicos centrales de la Península Ibérica, el castellano, el asturleonés y el navarroaragonés, refutando las teorías de Menéndez Pidal para quien el castellano se había extendido en forma de cuña invertida, desde su punta cántabra por toda la Península, penetrando hasta Andalucía, descuajando a su paso, o simplemente borrando, todos los demás dialectos, mozárabes, leoneses y aragoneses.

La investigación filológica moderna –afirma Fernández Ordóñez en su discurso– desmiente esta teoría. Apenas una sola palabra –añadió– responde a tal esquema, la palabra *comadreja*, pues, frente a la hipotética uniformidad del castellano, se constata que los territorios del antiguo reino de Castilla se escinden en dos variantes dialectales, oriental, de influencia navarroaragonesa, y occidental, de influencia asturleonesa. De modo que muchos de los rasgos fonéticos atribuidos en exclusiva al castellano fueron compartidos por los reinos de León y Navarra mucho antes de su unión política con Castilla; o, viceversa, los rasgos supuestamente no castellanos se dieron o se dan también en Castilla.

> En ocasiones –concluye la académica– es el castellano de tipo occidental el extendido por el centro y sur de la península y en la lengua culta; otras veces, es de tipo oriental. Esta es una de las razones por las que quizá sea preferible hablar de variedades españolas y no de variedades castellanas, ya que no lo son de forma excluyente (sic).

Llegados aquí, parece comprensible alguna impaciencia en el auditorio. ¿Dónde está ese futuro que se nos anunciaba en el título? Y ¿dónde, el inglés a la vista? En seguida aparecerá. Pero antes veamos algunos números:

Según el informe anual que hace el Instituto Cervantes, titulado muy expresivamente *El español: una lengua viva*, en el año 2015 casi 470 millones de personas tienen al español como lengua materna en todo el mundo. Cifra a la que, si se le añade el número de personas que tienen un conocimiento limitado del idioma y aquellas que la aprenden como lengua extranjera, llega a los 559 millones de personas.

Y algo muy significativo: el porcentaje de la población mundial que habla español como lengua nativa está aumentando por *razones demográficas*, mientras que la proporción de hablantes de chino e inglés desciende.

Estas cifras están recogidas en el capítulo primero, de un total de seis. En ellos se contemplan los siguientes aspectos «El español como activo económico»; «El español en los medios de comunicación»; «El español en los Estados Unidos»; «El español en el mundo del libro y del cine»; y, por último, «El español y la ciencia».

El informe, no siendo extenso, es, a mi juicio, bastante completo para lo que a nosotros nos interesa. Me limitaré a dejar constancia de los detalles que me parecen más significativos para que podamos adentrarnos en nuestra especulación.

Ya en el primer capítulo llama la atención que, siendo el español una lengua occidental, no esté aquejada de ese mal que afecta a la mayoría, si no a todas, de las lenguas occidentales: el estancamiento demográfico de sus hablantes nativos, su involución en muchos casos. Un mal que sin embargo sí afecta al lugar donde nació: España.

Pero todavía resulta más llamativo que ese crecimiento demográfico, con la excepción como decimos de España, tenga también lugar en el país más desarrollado del mundo como son los Estados Unidos de América, donde los hispanos mantienen un ritmo de crecimiento muy superior al resto de la sociedad no hispana, en parte por sus altos índices de natalidad, en parte por la persistente inmigración desde los países del sur hispano hablantes. Así, los 41 343 921 de personas que hablan español en ese país, más los 11 644 834 de competencia limitada de la lengua, según se les denomina en el informe, llegarán a ser, en estimaciones de la propia Oficina del Censo de los Estados Unidos, 138 800 000 en el 2050.

Se trata de una cifra mayor que la que podría alcanzar España, o cualquier otro país hispano-hablante, a excepción muy probablemente de México que ahora mismo, en el 2015, contabiliza ya una cifra total de 121 005 815 hablantes de español.

Estamos hablando, pues, de crecimiento demográfico, no de otra cosa, y el informe del Instituto Cervantes lo reconoce explícitamente cuando lo señala como el primer factor sobre el que se asienta la potencia económica del español. Algo, a mi juicio, muy a tener en cuenta, a la hora de contemplar el futuro.

Pero hay bastante más. En el capítulo segundo se dice, por ejemplo, que compartir el idioma aumenta un 290% el comercio bilateral entre los países hispanohablantes.

Y aquí hay otro dato de mucho interés. Señala el informe que la renta per cápita de los hablantes de español, o sea su capacidad de compra, es la que multiplica los intercambios y las transacciones mutuas. «En el caso del español –se dice–, al conjunto del poder de compra de los países hispanohablantes, es preciso añadir el poder de compra de la comunidad hispana de los Estados Unidos».

Bien, aquí aparece ya el inglés al lado del español, dentro de un espacio nacional de lengua inglesa que acoge una masa crítica de hablantes de español. Se trata

además de un espacio nacional muy específico, los Estados Unidos de América, primera potencia del mundo. De modo que cualquier sinergia que se produzca entre las dos lenguas dentro de ese espacio tendrá en mi opinión, un efecto multiplicador muy positivo para el porvenir de nuestra lengua dada la indiscutible proyección universal del coloso norteamericano.

En una novela titulada precisamente *Pasado, presente y futuro*, cuyo autor es Nat Schacner, recogida por Isaac Asimov en su *La Edad de Oro de la Ciencia Ficción*, se habla del país de los norteamericanos como Hispan. Y hay más muestras que apuntan en esa dirección, donde lo hispano tiene un gran relieve en lo que es el futuro más lejano.

Me ha parecido por tanto interesante ampliar algo los datos del Informe IC con otros de fuente norteamericana. Son números relativos a la economía, uno de los nervios, acaso el más importante, de integración en la sociedad de acogida.

Los hispanos –esto lo hemos tomado del *Selig Center for Economic Growth*–, suponen el 17,4 % de la población del país en el 2013 y disponen de un poder de compra de 1,2 billones de dólares (1,2 *trillion* en la terminología americana). En el 2013 los diez Estados con más grandes mercados de hispanos son de mayor a menor California (304 mil millones de dólares), Texas (224 000 millones de dólares), Florida (122 millones de dólares), Nueva York (91 millones de dólares), Illinois 45 millones de dólares), (New Jersey (44 millones de dólares), Arizona (38 millones de dólares), Nuevo México (23 millones de dólares), Colorado (23 millones de dólares), y Virginia (20 millones de dólares).

El poder de compra hispano está mucho más concentrado que el de la población no hispana, lo que también es un factor importante. Solo California suma el 26% del poder de compra hispano. En 2013, los cinco estados y los diez estados con el mercado hispano más grande suponían respectivamente el 66% y el 79% del poder de compra hispano. Como contraste, los cinco estados con mayor mercado no hispano suman solo el 36 % del poder de compra total y los diez más grandes suman solo el 53%.

La cuota del poder de compra hispano creció desde un 5% en 1990 al 6,7% en el 2000, 9%, en el 2010, 9,6% en el 2013 y se estima que sea un 10,6 en el 2018. La cuota creció en cada estado. En 2013, los diez estados con mayor cuota de mercado hispano son Nuevo México (32,3%), Texas (21,6%), California (19,65%), Arizona (16,7%), Nueva York (10,1%), e Illinois (8,7%).

Son datos que quizá parezcan detalles de una nota a pie de página, y puede que lo sean, pero ayudan a entender por qué el español goza de tan buena salud hoy y por qué tiene un futuro igualmente saludable. Son datos del presente, sí, pero señalan una tendencia de fuerte crecimiento. Y no solo demográfico. La densidad poblacional hispana, su peso económico, en ese alto grado de concentración, generan sinergias muy positivas de cara al futuro, de modo que no solo es previsible el crecimiento del español en los Estados Unidos sino también una su-

perior impregnación de cultura hispana en la vida norteamericana, y consiguientemente en la cultura y la lengua inglesa. Ese *adiós amigo*, ese *hasta la vista*, ese *hola* que cada vez se repite con más frecuencia en las películas norteamericanas, habiendo llegado incluso a la televisión inglesa, no hará sino aumentar en el futuro, haciendo de los dos idiomas algo así como compañeros naturales, quiero decir no competidores, sino amigos y complementarios.

El peso de los hispanos en los Estados Unidos aumentará, enriqueciendo a aquella nación, dotándola de nuevas posibilidades creativas que hoy permanecen todavía en embrión. Decía Salvador de Madariaga que *una nación no es la suma aritmética de sus individuos, sino la integración de sus instituciones*. Ese es un camino que tiene todavía algún recorrido entre nuestras naciones, que no dudo sabrán llevar a buen término, como sabrá la población de habla hispana integrarse en los Estados Unidos de América, que si a algo responde como nación es precisamente a esas palabras de Madariaga.

No se precisa de una gran agudeza para percibir que la fortaleza de la lengua española es americana. El español es la lengua del nuevo mundo, no porque crezca en los Estados Unidos, puesto que ese crecimiento es la consecuencia de ser precisamente eso, una lengua americana, la primera occidental que se habló en ese hemisferio, la más extendida y arraigada. Referido solo a los hablantes nativos, en México se contabilizan 117 millones de hablantes, en Colombia casi 48 millones, en Argentina, más de 42 millones, en Perú 27 millones, en Venezuela 30 millones, hasta un total, contando con el resto de las repúblicas, de cuatrocientos veinte millones de hablantes, a los que hay que sumar los más de cuarenta millones de hablantes de los Estados Unidos de América.

Dice el informe del IC que el español es la segunda lengua materna del mundo por número de hablantes, tras el chino mandarín, también la segunda lengua del mundo en cómputo global de hablantes (dominio nativo + competencia limitada + estudiantes de español); cuarta lengua en el ámbito institucional de Europa; tercera en el sistema de las Naciones Unidas; segunda lengua más importante en el ámbito internacional; tercera lengua más utilizada en la Red; segunda lengua más utilizada en las dos principales redes sociales del mundo: Facebook y Twitter; segunda lengua más importante de Wikipedia por número de visitas; segunda lengua más utilizada en Twitter en ciudades mayoritariamente anglófonas como Londres o Nueva York; primera lengua extranjera en todos los niveles de enseñanza de los Estados Unidos; sexta lengua desde las que más traducciones se han realizado y tercera hacia la que más obras se han traducido; tercera lengua en la que más revistas (no solo científicas) se publican, ocupando España el noveno puesto mundial en la producción científica.

En estos ordinales hay muchas fortalezas pero también algunas debilidades, sobre todo las que atañen a la producción científica donde España es el único país de habla española que figura entre los veinte primeros, en una bastante mejorable

novena posición. Y lo mismo ocurre con las traducciones puesto que traducimos mucho más desde otras lenguas de lo que se nos traduce desde la nuestra.

Todo esto son evaluaciones numéricas, con lo que el guarismo supone de concreción, pero se me ocurre que ceñirse solamente a estos datos sería como pretender conocer la fisonomía de una persona solo por su esqueleto, olvidándose de su encarnadura, su pulso vital, su optimismo, su sonrisa, su voz y encanto personal. Los idiomas son la encarnadura verbal de las sociedades humanas y su importancia en el mundo guarda la misma proporción entre unas y otras que la mano con el guante.

Noam Chomsky, intelectual muy representativo de una cierta izquierda norteamericana, definió a un idioma oficial como aquel que tiene una marina de guerra. Expresaba así la relación directa entre el poder y el idioma. ¿Cómo parafrasearle en el caso de una lengua universal? No bastaría una marina de guerra, desde luego, puesto que la mayoría de las naciones cuentan con ella y su lengua no se ha internacionalizado. ¿La definiríamos tal vez como aquella que posee cabezas nucleares o como aquella que tiene derecho permanente de veto en la ONU?

Ningún país de lengua española responde a esas condiciones. Tampoco ha alcanzado una economía de liderazgo en las tecnologías más sofisticadas y modernas. De modo que, si a pesar de lo que nos queda por lograr en el campo de la economía o de la ciencia, nuestro idioma ocupa lugar tan destacado en el concierto internacional alguna fortaleza debe de tener que no se presenta a simple vista y sobre todo que no es fácilmente traducible a guarismos. En la visión de un economista nuestras insuficiencias de hoy serían nuestras oportunidades de futuro. Solo podemos mejorar.

De ahí que buscar las causas de ese éxito fuera del mundo de los números sea casi obligado. ¿De dónde procede nuestro éxito? Y en este punto les recuerdo mis palabras del inicio, esa venia que les solicitaba para salirme de parámetros formalistas. No dispongo del utillaje sociológico que me permita ahondar en razones que no sean especulativas. Creo además que no hay datos, sólo opiniones más o menos fundadas.

Hay quien siente la seducción de la historia pasada, hay quien se apoya en una literatura cimera, en la que el nombre de Cervantes está en el frontispicio, y al que se añaden enseguida en interminable lista otros que van desde Garcilaso, Fernando de Rojas, Lope, Calderón, Galdós, Lorca, Juan Ramón Jiménez, hasta los más recientes, todos ellos latinoamericanos, Rulfo, Cortázar, Borges, Carpentier, Neruda, García Márquez, Vargas Llosa. Pero eso es solo el mascarón de proa de nuestra fortaleza, cuyas causas tienen cimientos muy firmes, pues se trata también de una cultura de la vida, que incluye por supuesto una gastronomía de inmensa riqueza, sabia y saludable y en general un modo de estar en el mundo con una temperatura espiritual que resulta muy confortable para la mayoría de quienes nos conocen.

Aquellas palabras de don Dámaso Alonso sobre la cuna del español enfatizando la espiritualidad trascendente de la lengua, me resuenan ahora con especial intensidad para fusionarlas con las que un Cervantes o un Quevedo podrían haber dicho sobre el consumo de quesos de los monjes del monasterio de Ardón, integrando así alma y cuerpo, la sensualidad, con el pensamiento sublime, Sancho con don Quijote, y lo digo bien en este orden, porque así se nos contempla, primero los sentidos, unos sentidos que llevan alma, que cantan y gozan en la tierra y que sueñan no con un solo cielo, sino con cielos en plural, cielos de amor, de amistad y de abundancia.

En mi experiencia de director del Instituto Cervantes de Londres pude comprobar cómo el atractivo que ejercía el español entre la población británica iba bastante más allá de los aspectos considerados meramente prácticos. Hablo ahora del reclamo de una cultura global hispana, en la que la aportación del mundo iberoamericano es enorme. Países como México, Argentina, Colombia, Cuba, Chile, Venezuela o Perú, en general todos los llamados países latinoamericanos, ejercían un reclamo casi irresistible para los británicos y para los londinenses no británicos que son buena parte de la población.

En Gran Bretaña, en los años en que yo estuve, el español ya era la primera lengua extranjera en el conjunto del sistema. No lo era todavía en la enseñanza reglada, donde aún resistía el francés, en parte por la acción tenaz del gobierno galo, en parte por la permanencia en activo de profesores de esa lengua. El alemán había quedado ya muy relegado.

No cabe duda de que la presencia continuada año tras año de turistas y residentes británicos en España ha contribuido mucho a esa penetración del idioma. Entre Gran Bretaña y España existe un puente aéreo diario, como no se da en ningún otro país del mundo. En la temporada alta supera los 1200 vuelos, en la baja ronda los 700. Eso ha hecho que usos y costumbres españolas hayan entrado en la Gran Bretaña con una intensidad no conocida antes. El chorizo, embutido más popular de España, por ejemplo, es palabra común ya en el inglés hablado y escrito. Yo he visto en una hamburguesería muy popular de *Glouscester Road* cómo se vendía con mucho éxito una hamburguesa de ¡chorizo!, así en español, chorizo, que, como digo, ya es palabra inglesa.

Todo esto nos lleva a una realidad incuestionable. El español es ya la primera lengua extranjera en los dos países más importantes de habla inglesa. Los Estados Unidos de Norteamérica y la Gran Bretaña. De Canadá, Australia y Sudáfrica, carezco de datos, pero me atrevería a afirmar que también allí el español es, o lo será pronto, la primera lengua extranjera. Es una pauta que no solo puede repetirse en otros países no angloparlantes, como por ejemplo, en Brasil, donde el español es la primera lengua extranjera, también en muchos otros crecerá en su condición de segunda lengua extranjera como una especie de complemento de la lengua inglesa, al fin y al cabo, ambas lenguas son occidentales, germánica una, latina

otra; nórdica una, sureña otra; consonántica una, vocálica otra; de sutil sonoridad, una, rotunda, otra.

La película *La vuelta al mundo en 80 días*, basada en la novela homónima de Julio Verne con David Niven y el mexicano Mario Moreno, Cantinflas, como protagonistas puede iluminar cuanto aquí decimos. La película narra la historia del caballero inglés Phileas Fogg, que apuesta la mitad de su fortuna con sus compañeros del Club Reforma a que es capaz de realizar un viaje alrededor del mundo en ochenta días. Su travesía va desde Inglaterra, sigue por Francia, España, el canal de Suez, la India, Hong Kong, el Japón y Estados Unidos. David Niven es el caballero inglés Phileas Fogg, Cantinflas, su ayudante, es Passepartout, –atención a esto– no un francés, sino un hispano. Y ahí, a mi juicio, está simbolizada en la pantalla la relación moderna entre los dos idiomas, el inglés y el español, uno dueño de cabezas nucleares, con veto en la ONU; otro, que carece de ello, pero cuya epidermis profusamente festiva es el reclamo de valores muy profundos, capaces de contagiar con fuerza a cuantos entran en contacto con él.

Cantinflas sigue las instrucciones de David Niven con gran discrecionalidad. En su segunda etapa una confusión les lleva en globo a España, una escala no prevista, y las secuencias que allí se desarrollan, en una tasca, con sones de guitarra, bailes, taconeos, tarareos, y en una plaza de toros donde Cantinflas se atreve temerariamente a ser el gran protagonista de la arena, representan muy vivamente lo que aquí decimos, esa exótica, sonora, fantástica, cálida, divertida y amigable imagen que proyecta nuestra cultura, la de los hispano hablantes, a ojos del mundo, y, desde luego, de la óptica anglosajona, hoy preponderante.

Esa película del año 1956 es, como digo, premonitoria de lo que está ocurriendo con el inglés y el español, por más que las cosas hayan ido modificándose desde entonces, no precisamente en detrimento de la posición de nuestro idioma. Uno va delante, el inglés, otro va detrás, el español; uno, hay que decirlo con matices que relativicen la polarización, crece tecnológicamente, otro, con los mismos matices, demográficamente, pero ambos van de la mano, crecen juntos, pues el crecimiento de uno no va en detrimento del otro, más que competidores están a punto de ser complementarios.

Sabemos que los ingleses son gente precavida, de probada imaginación, pero que aborrecen la improvisación, de ahí que en todas sus confrontaciones bélicas hayan descifrado el código secreto de sus enemigos. Se puede decir de ellos que se ponen la venda antes que la herida. Y son muchas las veces en que han gastado metros de venda para estar prevenidos. Durante mi estancia en Londres oí alguna de estas cosas, una en concreto afecta directamente al inglés como lengua franca universal. Lo he incluido en un pequeño relato que les leeré enseguida. Forma parte de mi último libro titulado *London Calling*, publicado este mismo año.

En un club londinense siete lores invitan a una velada al embajador de España, allí mantienen una larga conversación, siendo cada parlamento un cuento y este es uno de ellos (Les advierto que tiene algún componente fantástico):

El Oído Inglés

—Acaso el idioma inglés suene como ese aleteo de ángeles que yo no soy capaz de percibir –dijo el embajador–. Si algo envidio de ustedes es el oído –añadió–. Los ingleses están muy lejos de la creatividad musical de los pueblos centroeuropeos, incluso de nosotros los españoles, que no destacamos precisamente por nuestro cultivo de las artes musicales. Pero tienen el mejor oído de la tierra. Ustedes oyen a los ángeles, estoy seguro. Y yo, a pesar de haber sido educado parcialmente entre ustedes, no. Los sonidos que emiten deben de ser tan sutiles como los del propio idioma inglés, único en el mundo que no basta con saber bien para entenderlo. Muchos de mis compatriotas, que me consta lo conocen a la perfección, no pueden ver una película sin la ayuda de subtítulos, porque para entender los diálogos necesitan leerlos. El idioma inglés cuando se escribe es de todos, pero cuando se habla es exclusivamente suyo.

—Tiene usted razón, embajador –reconoció lord Leighton Buzzard–. Y eso está siendo un problema para nosotros.

—¿Para ustedes, dice?

—Sí, señor. Un problema muy serio, que podría llegar a aislarnos del resto del mundo. Y sé de lo que hablo. Tengo muchas reuniones en el extranjero.

—En todas ellas habla usted en inglés y sus interlocutores también. ¿Cuál es el problema? –preguntó confundido el embajador.

—En esas reuniones yo apenas entiendo lo que allí se habla, mientras que los demás –me refiero a alemanes, italianos, chinos, españoles, japoneses, birmanos, árabes, franceses, polacos, portugueses– se entienden entre ellos perfectamente. Hablan en inglés, sí, pero es un inglés que no es mi inglés, que es el inglés de ellos, de todos ellos. Hay un inglés internacional creciente y un inglés para ingleses que está convirtiéndose en minoritario. Y yo dudo de nuestra capacidad para aprender ese inglés internacional. Por eso pienso que es el problema más serio que vamos a tener en los próximos años. Necesitaríamos un sistema portátil, una especie de pantalla pectoral, como una pizarra colgada del cuello, en la que aparecieran en subtítulos las palabras del hablante. No me cabe duda de que sería un invento muy rentable. Ya que ustedes los españoles no lo inventan, deberíamos hacerlo nosotros. Y estoy seguro de que lo haremos el día en que este problema sea percibido por suficiente número de ingleses. Siempre hemos sabido resolver nuestros problemas. Ya se lo he comentado a lord Wandsworth.

Pero éste se hallaba distraído con otros sonidos:

—Chiiss, un momento de silencio, por favor –pidió lord Leathersdale– ¿Escuchan? ¿Oyen lo que yo oigo? Debe de haber más de cien ángeles encima de nuestras cabezas.

El embajador no pudo reprimir una abierta sonrisa.

Perdonen lo que puede tener de acientífico el cuento, que es casi todo, o todo, pero, creo yo, ilustra bastante bien mi idea de la posible complementariedad de las dos lenguas. El inglés, preciso y exacto, riquísimo de vocabulario, pero muy difícil de percibir por oídos ajenos o añosos, debido a esas formas débiles que, con un punto de telepatía, apenas se dicen, pero que los ingleses, los galeses, los australianos, los escoceses, los irlandeses, los norteamericanos, oyen sin problema. El español, igualmente riquísimo de vocabulario, menos preciso, menos ordenado, de más difícil gramática, pero rotundo y seductor, parece hecho a la medida de un oído universal, de fácil percepción por cualquiera.

Si norteamericanos e ingleses están aprendiendo el español, no es improbable que el resto del mundo acabe también por aprenderlo. Hay una grata sonoridad en el idioma, variadas son sus cadencias y sus ritmos, muy distintos sus acentos, suaves o fuertes, melosos o duros, pero todos ellos responden a una misma ley: a, e, i, o, u, cinco ganchos para todas y cada una de las consonantes del abecedario. Y esos ganchos vocálicos, esa clara y precisa fonética, en contraposición a la del inglés, nos ayudarán sin duda a transitar por el mundo como Mario Moreno en su globo.